



## El árbol de la civilización

Hace diez y nueve siglos, en la cumbre de un monte de Judea se plantó un árbol triste y seco, sin ramas y sin hojas.

Los que lo plantaron, cometieron el horrible crimen de regarlo con la sangre de un inocente, y desde entonces, ¡oh prodigio! aquel árbol empezó a producir tales frutos, que él por sí solo ha bastado para alimentar al mundo.

Ya comprenderás, lector, que el árbol de que hablo es la Cruz regada con la sangre de Jesucristo, y los frutos á que me refiero son los de la redención y civilización del género humano.

Esta verdad tan grande, palpada, digámoslo así por las generaciones de diez y ocho siglos, la niega la del siglo diez y nueve.

Y ¿sabéis por qué?

Porque esta generación que parece la más sábia é ilustrada, solo es la más orgullosa.

A la manera que uno de esos enclenques engendros, último vástago tal vez de una laboriosa familia, embriagado con unas riquezas que él no creó, se atribuye á sí mismo el fruto de los sacrificios de sus antepasados; del mismo modo este siglo, enclenque también, creyéndose autor de una civilización que sólo se ha tomado el trabajo de gozar, se entretiene en cantar sus propias alabanzas, mientras la destruye con sus torpezas y sus vicios.

Aquí se realizará no muy tarde, aquel antiguo proverbio.

¡Ay! de los padres obreros

Cuyos hijos caballeros

Olvidaron el trabajo.

Tendrán nietos pordioseros.

Oid, si no, esta parábola que pudiera llamarse historia.

Habia en cierto lugar un hombre laborioso que á fuerza de sudores y sacrificios plantó una viña. Pasado algún tiempo y cuando los primeros racimos empezaban á madurar con el otoño, el pobre viejo

Sintiéndose morir, llamó á sus hijos y les dijo:

—Hijos míos; nosotros éramos pobres y no teníamos que comer, pero con grandes sudores he logrado plantar una viña que bastará para alimentar á vosotros y á vuestras familias, si, siguiendo el ejemplo de mis virtudes, coméis de su fruto solo para reparar vuestras fuerzas y continuar su cultivo.»

Murió el padre, y los hijos, lejos de creer en su palabra y seguir sus consejos, no parecían por la heredad ni siquiera para verificar la poda. Más llegó el otoño, acudieron presurosos, y cual no sería su alegría y regocijo al ver que la viña lejos de secarse, había cuadruplicado sus racimos. (1)

—Pobre viejo exclamaron envanecidos. No supo lo que se dijo. La experiencia ha confirmado el dictámen de nuestra razón. No es cierto que los frutos de la vida sean hijos de los crueles afanes de nuestro padre, ni ménos de las crueles podas que en la viña hacía. Dejemos obrar libremente á la naturaleza, autora de tantos beneficios y entre tanto seamos libres también embriagándonos felices, con el licor exprimido de los hermosos racimos.

Y así lo hicieron un año y otro año.

Mas llegó un día en que la zizaña, el verano y el abandono acabaron con la viña. Entónces cuando aquellos hijos debilitados por la molice acudieron ansiosos con los suyos á recoger el esperado fruto, vieron sin él y riñeron entre sí, acusándose unos á otros de haberlo hurtado.

—Nadie ha hurtado vuestros frutos, dijo una voz que conocieron ser del padre, nadie los ha hurtado, sino vuestra soberbia, vuestra ignorancia y vuestros vicios.

—Aquel mismo día murieron los hijos del anciano, y sus nietos, con los ojos preñados de lágrimas y el corazón de tristeza,

(1) Sabido es que una viña no podada, produce en los primeros años abundantísimos frutos pero que despues, agotadas sus fuerzas por el exceso de producción, se torna estéril

elevaron su mirada al cielo y pusieron, como su virtuoso abuelo, las manos en el viejo azadón.

Pocos años despues, la viña volvía á dar fruto.

Hasta aquí, lector, lo que á nosotros, hijos de los que cultivaron con afán el árbol de la civilización plantado por Jesucristo, nos sucede hoy que vemos lucir el fruto que tan poco nos costó. Despreciamos el árbol y á sus cultivadores, exprimimos sus racimos para embriagarnos, y exclamamos henchidos de vanidad:

—¡Pobres viejos! los que creyeron que el secreto de la civilización consistía en la abnegación de las virtudes y en la sangre de los martirios. ¿No véis esas locomotoras que cruzan el mundo y esos hilos eléctricos que irradian el pensamiento humano por toda la tierra dominada por el hombre? Pues bien, esos signos de nuestra emancipación no son sino el efecto de nuestra libertad. Nosotros hijos de esta libertad, hemos cogido mas fruto en un solo día que aquellos pobres esclavos en muchos años. ¿Quién puede dudar de que la libertad es la causa de la civilización? Atrás, negros fantasmas de la ignorancia y el fanatismo. Basta de abnegación y de sufrimientos. ¡*Excelsior!*! Dejemos brotar libremente las yemas del grande árbol y embriaguémonos con el nectar de sus racimos que cada día serán más abundantes.»

Así hablamos nosotros, generación ilustrada del siglo de las luces... que encendieron nuestros abuelos; así hablamos nosotros vuelta la espalda á la fuente de la salud. Pero ¡ay! ¡qué poco falta para que esa fuente hartó enturbiada ya por nuestras miserias se seque al fuego de nuestras discordias! ¡Qué poco falta para que la zizaña mate la vida!

El socialismo, el comunismo el pauperismo la han atacado ya por sus raíces, y sus tallos más altos están cayendo marchitos por la indiferencia y la impiedad.

Solo los ciegos dejan ya de ver esta obra de destrucción. Digo mal, solo los ciegos y los sabios, porque hay una clase de sabios que criados como las plantas tropicales en una atmósfera artificial dudan que haya otro mundo que el de su propio invernadero. Son seres pequeños eminentemente egoístas á quienes el calorillo de su bienestar hace mirar con desprecio el sol de la justicia que vivifica al mundo.

Quiera Dios que nuestros hijos abran más los ojos y se persuadan de que el árbol de la civilización solo fructifica cuando se le riega con lágrimas y sudores y se le cultiva con abnegaciones y trabajos. Y quiera Dios que se persuadan tambien que los frutos de ese árbol, frutos de ciencia, de progreso y de mejoramiento económico, político y social no se han dado para que nos embriaguemos con ello en eterna orgía sino para que reparadas nuestras fuerzas con su dulce jugo, continuemos cooperando sin descanso al desarrollo de ese plan trazado por el amor de Dios y en el cual fueron señalados al hombre destinos de infinita grandeza:

ADOLFO CLAVARANA.

## Enemigos de España

El desengaño no ha podido ser más completo.

Nos prometieron que la felicidad iba á fijar en España su domicilio, que las *grandes potencias* nos considerarían como una de ellas, que el oro correría á raudales por nuestras manos, que la agricultura, el comercio y la industria adquirirían un grado de desarrollo por nadie superado, que la civilización y el progreso nos elevarían un palacio para vivir sin preocupaciones ni cuidados, y que en el concierto europeo íbamos á tener voz, no se si de barítono, de tenor ó de bajo.

A cambio de ello, apenas nos pedían casi nada.

Que cediéramos en nuestra intransigencia religiosa, que diéramos entrada á libertades enemigas de la altiva libertad española, y que nuestro sistema de gobierno se vaciara en unos moldes que, por ser extraños, no podían encajar en nuestro especial modo de ser.

Y todo esto se lo dimos, y la revolución pudo gloriarse de que éramos suyos por completo.

Libertad de imprenta, libertad de la cátedra, libertad de contratación libertad de asociación, libre emisión del pensamiento, sufragio universal, libertad de cultos, concubinato, digo, matrimonio civil, jurado, etc., etc. De todo tenemos... y además una corrupción espantosa en los órdenes todos de la vida.

Con todo lo cual, nadie se atreverá á dis-

putarnos el derecho que tenemos á ser ricos, poderosos, considerados y felices.

Pero he aquí, que aunque parezca mentira, viene el *hecho* á ponerse en contradicción con aquel *derecho*, y ante nuestros ojos pasmados, hace desfilar en vez de los cuadros de grandeza que habían de ser nuestro manjar habitual, lúgubres lienzos que tienen tambien la cualidad de grandes, en que se representa una deuda enorme, un pueblo agobiado por los tributos, la agricultura, el comercio y la industria agonizando, el oro corriendo á ponerse en manos extranjeras, unos gobiernos tegiendo las desdichas de la patria, una generación á la que se ha arrebatado la fe, ebria de goces y rugiendo de ira, un ejército muriendo á manos de rebeldes, ó por efectos de incapacidad ó por malvados agios, ó de vergüenza ante la esterilidad de su valor, unas colonias sublevadas y ya perdidas, una nación extraña aprovechándose villanamente de nuestra debilidad y de nuestros descuidos, el hambre asomando su faz amarillenta, la anarquía enseñoreándose de todo... y el demonio frotándose las manos de gusto y diciendo á los españoles:—«¡Mirad, todo eso es obra del liberalismo, que es el más aprovechado de mis hijos!»

El resultado de estos cuadros, que aunque mal pintados son exactos, ha sido que, por fin, han visto todos que se abre el abismo á nuestros pies, y que está ya dispuesto á tragarnos.

Pero el desengaño es espantoso.

Se había ofrecido al pueblo que sería feliz y sería rico, y su pobreza es extremada, perseguida además por un fisco insaciable, y es por todo extremo desgraciado.

Como no tiene fe, la ola de odio cubre sus ojos con un velo de sangre, y busca el puñal para acabar con sus verdugos y explotadores.

Y entonces, es decir, ahora, surge una idea nueva en la fecunda imaginación del demonio, y para desviar la puntería y no ser destruída su obra, suscita una prensa satánica, calumniadora y procaz que señala una víctima á las iras de las muchedumbres, víctima además de inocente, indefensa; y de este modo, y mientras en ella se ceban, poder á mansalva acabar su obra y dejar al pueblo sin creencias, sin honra, sin bienestar, sin pan y sin energías de ninguna especie.

Esas víctimas son los religiosos y sacerdotes; esa víctima es el catolicismo.

Y es cosa tremenda, que pone pavor en el alma, el ver cómo se precipita al pueblo por tales caminos á sabiendas de que se le pierde para siempre.

Mucho apena el alma el espectáculo de nuestras desdichas exteriores; de nuestro ejército diezmado bajo un clima de fuego en lucha desigual de uno contra veinte; de nuestra marina destruída, incendiada, aniquilada por la brutal superioridad del enemigo; pero la apesadumbra más aún el ver el empeño que se pone por los explotadores

secuaces del liberalismo, en que no busque el pueblo el verdadero remedio de sus males allí donde existe.

Ayer, fieles á las enseñanzas de la Iglesia católica, éramos grandes, ricos y felices; hoy, separados de esta doctrina salvadora, somos desdichados, pobres y pequeños.

¡Ay de los que estorban que el pueblo saque la consecuencia que se deriva de este hecho! ¡Ay de los que impiden que abominando de las mentidas libertades que le han perdido, busque la tradicional libertad española, con la que fué nuestra patria señora del mundo!

Estos, éstos son los peores enemigos de España.

*La Libertad.*

## MESCOLANZAS

Van ustedes á leer una oración preciosa.

Dice así.

### MI ORACIÓN

Dame, Señor, paciencia en mis apuros, valor de perdonar á quien me ofenda, salud igual, de mi trabajo en prenda, resignación para los tiempos duros. Dame la fé que va con pies seguros del bien sin gloria por la hermosa salud. Oído humilde que el consejo atienda, hijos honrados, con instintos puros. Esto no más Señor, es bien que pida. que oro y honores frágiles no austo y es desear envenenar la vida; séame dulce de la muerte el frío, y viendo en torno á la familia unida. dame muerte cristiana en lecho mio.

*Eusebio Blasco.*

Y ahora saben ustedes quien es este Eusebio Blasco? Pues es el fundador y director de *Vida Nueva* impío y cínico periódico condenado recientemente por gran parte del episcopado español en razón á ser uno de los papelucos más escandalosos y más procaces que ha vomitado la revolución.

Estas son las mescolanzas que ahora se estilan y las que estan acabando de arrebatarse la fé de los pechos españoles, pues hay gentes tan ciegas que por que en un periodico leen un articulejo aromatizado con incienso para que huelva á Iglesia, dan ya por canonizado el papel aunque esté lleno de sapos y culebras.

De aquí la fortuna de los periódicos llamados de gran circulación *Imparcial, Liberal, Herald, Correspondencia, Nacional* etc. que con diabólica maña procuran mezclar lo malo con lo bueno para asegurar mejor la pesca. No hay que fiarse pues de los que por una parte escriben oraciones bonitas, mientras por otra están haciendo el juego al diablo.

Recomendando esta saludable intranquencia y dando la voz de alerta el Ilmo. Sr. Obispo de Plasencia en su última notabilísima pastoral, ha estampado tres párrafos que precedidos del siguiente preámbulo con que los copia *La Semana Católica* van á ver nuestros lectores.

Dice así el documento.

## VOZ DE APÓSTOL

Publicase en esta corte (entre otros periódicos impíos y sucios) un semanario titulado *Vida Nueva*, que por uno de esos contrastes del nombre defiende una causa vieja: la causa de Satanás y consortes. Por lo cual ha merecido, con justicia, ser prohibido por muchos Prelados de nuestra patria. Pero el tal semanario no está redactado por habitantes de la luna, ni por gentes venidas de otras regiones, sino por los mismos escritores que redactan en *El Imparcial*, *El Liberal*, *Heraldo de Madrid*, *la Correspondencia de España*, *El Globo*, *El País* y otros tales de su caña. ¡Y aquí de eso que entre simples se llama reacción católica moderna y no es más que una nueva añagaza del demonio! Tales periódicos, por no perder la protección y la suscripción de algunos que se llaman católicos, ni enemistarse y exponerse á las iras de algunos que debían ser *luz del mundo y sal de la tierra*, y en vez de esto «tienen ojos y no ven, oídos y no oyen», se manifiestan con relativa moderación cuando se trata de las cosas ó personas que á la Religión se refieren, para asegurar así el éxito de la mala causa que defienden conspirando contra los intereses de la Iglesia y de la Religión verdaderas. Pero como el disimulo es penoso á la naturaleza y se aviene mal con el carácter de ciertas gentes, han ideado publicar periódicos como *Vida Nueva*, donde poder dasahogarse y vomitar á sus anchas toda suerte de injurias contra la Religión y sus ministros.

A este propósito dice el Sr. Obispo de Plasencia en su última y famosa pastoral:

«Pero esto redactores y colaboradores de *Vida Nueva*, para ásegurar mejor el éxito de esta fase de conspiración contra la Iglesia de España, quieren seguir todavía, en los otros periódicos que redactan la táctica de manifiertarse con cierta relativa moderación, cuando se trata de las cosas ó personas que á la religión se refieren. En una palabra: se recurre á la estrategia de Satanás, uniendo la astucia de la serpiente con el rujido del león, sirviéndose de una y otro, según las circunstancias.

«Escribiendo en estos periódicos con

el desparpajo y audacia que lo hacen en *Vida Nueva*, harían fijar la atención de muchos de sus, llamaremos cándidos lectores, suscriptores y colaboradores católicos, que no consideran tan dañosos á esos periódicos, y no tienen inconveniente, so pretexto á veces de mayor información, de gastarse su dinero en favorecerlos y propagarlos, y aun colaborar en ellos más ó menos asiduamente. Se alarmarían quizá con esos desplantes impíos, groseros, bárbaros, y dejarían de ser los principales sostenedores de esos poderosos arietes, con que certeramente se están combatiendo de continuo las creencias, las costumbre cristianas de los españoles; y esto redundaría en daño inmenso de su mala causa entre nosotros.

«Y en efecto; consiguen de esta manera retener á su servicio á innumerables católicos; entre los que, vergüenza y confusión nos causa decirlo, se encuentran buen número de sacerdotes y dignidades que debieran ser *luz del mundo y sal de la tierra*. Estos que debieran emplear su talento en descubrir y fustigar sin contemplaciones los errores todos que se propalen en esos periódicos, en estigmatizar con la palabra y con el ejemplo todos los vicios que de diverso modo se fomentan con su lectura ó propagación, Y AUNEN PEDIR A LOS SEÑORES OBISPOS QUE SI LO JUZGABAN CONVENIENTE EN SU SABIDURIA USASEN DE SU AUTORIDAD PARA PROHIBIR Á LOS FIELES LA LECTURA DE ESOS PERIÓDICOS LIBERALES DE GRAN CIRCULACIÓN, SEÑALÁNDOLOS EN PARTICULAR, ASÍ COMO LO HACEN AHORA CON *Vida Nueva* Y ANTES CON *El Motín*, *Dominicales*, Y OTROS DE LA CORTE Ó PUBLICADOS EN SUS DIÓCESIS RESPECTIVAS; éstos, repetimos, se convierten en eficaces y escandalosos propagadores de esos periódicos.»

La autorizada indicación y enseñanza que se encierra en estas últimas palabras que de propósito hemos subrayado destacándolas con letras salientes, no ha caído en tierra estéril y sabemos ya de muchos fervorosos católicos, sacerdotes y seglares, que están preparando reverentes peticiones á sus respectivos Obispos en la forma y con las mismas palabras que el Sr. Obispo de Plasencia recomienda, medio el más apropiado para no incurrir en equivocaciones de ningun género, ni pecar por carta de más ni de menos.

Bendiga Dios la empresa abundantemente, y ojalá sea el despertar de ese anhelado movimiento católico, de esa reacción religiosas conque tantas veces se nos ha querido burlar y tentar á Dios.

Bendiga Dios la empresa abundante-

mente, y comencemos todos á trabajar orando con fervor y procurando sin descanso que esta manifestación resulte espléndida y numerosa, que esta es buena manera de solicitar las bendiciones divinas.

Bendiga Dios la empresa abundantemente, y sea el primer paso para la unión de todos los que busquen primero que todo el reino de Dios y su justicia.

B.

## EL ÁNGEL DE SAN LUGIDIO

Lugidio, llamado también Moluano, nació por los años de 520. Sus piadosos padres habitaban en un lugar próximo al monte Logher, que se levantaba en la orilla occidental del río Shanon en Irlanda. Aunque nació el último entre sus hermanos, era más rico que los otros dos en dones celestiales.

He aquí la primera maravilla que manifestó la predilección de Dios hácia su siervo: Sorprendido el rebaño de su padre en los pastos de un vecino, se hallaba cautivo en los establos de éste; la madre de Lugidio, tomando consigo al niño, se presentó á reclamar su ganado. El vecino, que hacia largo tiempo tenía el pecho comido por un cáncer, apenas vió á Lugidio en su casa, observó, permitiéndolo así el Señor, que el niño despedía brillantes resplandores, y sin poder contenerse: «Acercad, acercad á mí ese niño—exclamó—que ponga sobre mi cabeza sus menecitas.» La madre con el tierno infante en sus brazos avanzó hácia el enfermo; pero el niño espantado por la emoción, los gemidos y el ver que se extendían hácia él los brazos del que yacía en el lecho, comenzó á llorar; y persistiendo la madre, á pesar de las resistencias del hijo, en inclinarse hácia la cama del doliente, sucedió que algunas lágrimas de Lugidio cayeron sobre la úlcera, y el enfermo quedó instantáneamente curado. Con esto, restituido que le fué el rebaño, volvió alegre á su casa la madre de Lugidio.

Cuando era ya mayorcito este Santo, solía ir con otros jóvenes al campo para guardar los ganados, y durante el invierno acostumbraban encender fuego y sentarse al amor de la lumbre. Hallábanse calentando un día junto á un torrente que estaba seco, cuando de repente las aguas de las lluvias que habían caído en la region vecina llegaron al cauce del torrente, se desbordaron y extinguieron el fuego. Lugidio logró librarse llevando consigo un tizon encendido para prender fuego en otra parte; mas el tizon se le apagó. Estaba el niño entristecido por este acaecimiento y con el tizon apagado en la mano, cuando se le acercó un ángel, y haciendo sobre la leña la señal de la cruz, reavivó inmediatamente la llama y otorgó á Lugidio y sus compañeros el poder encender otra fogata y calentarse en ella.

Buscábase inútilmente en otra ocasión al pequeño; habían pasado un día y una noche, y Lúgido no aparecía. Hallóse al fin su padre en un campo, más no se atrevió á acercarse á él porque notó que de pie y junto al niño estaba un joben vestido de blanco. Del lugar en que dormía su hijo salía y llegaba hasta su padre un perfume más delicado que el de las flores, tanto que tuvo como embriagado á Lúgido por espacio de nueve días. Corrió el padre á llamar á algún sacerdote. Apénas llegó uno de éstos, desapareció el ángel y el sacerdote despertó al pastorcito. Desde este día notó el sacerdote que no hallaba gusto alguno en los alimentos de la tierra; tal era el recuerdo y la impresión que le produjo el suavísimo aroma que del inocente niño se exhalaba.

Durmióse otra vez Lúgido mientras custodiaba unos becerros separados de las vacas, y aprovechándose aquellos de la ocasión, echaron á correr y fueron á las ubres de sus madres. Notólo la de Lúgido, se apresuró á despertar á su hijo y en un arranque de mal humor levantó la mano para pegarle; pero el ángel del niño deteniendo el brazo de la madre impidió que le golpease. Espantada ésta, cayó en tierra pegado el rostro contra el suelo, y Lúgido corrió á separar de las vacas á sus terneros.

Estaba cierto día nuestro niño jugando solo á algunos pasos de sus padres, acercáronsele tres adolescentes y se puso á jugar con ellos. Cuando lo estaban contemplando sus progenitores, he ahí que los tres jóvenes tomaron en sus brazos á Lúgido y despues uniendo sus manos y teniendo elevado al niño, comenzaron á elevarse hácia el cielo y luego desaparecieron. Iban pasando las horas una tras otra, y el niño no volvía á comparecer; pasó ya una tercera parte de día, y entonces, de repente, cuando sus pobres padres desolados multiplicaban sus ruegos y sus gemidos, fué depositado Lúgido junto á su madre por los mismos tres que le habían arrebatado.

Pasó en este tiempo por aquellas regiones el santo abad Congalo, y llegado que hubo cerca de la aldea en que moraban los padres de Lúgido, se detuvo súbitamente y dijo á los monjes que iban con él, señalándoles un campo con su dedo: «Mirad lo que hay allá abajo.» Marcharon los monjes al lugar indicado, encontraron allí á Lúgido durmiendo entre unos juncos, y observaron que á cada respiración del niño se inflamaba el junco que estaba más próximo á su boca. Despertáronle los monjes y lo llevaron consigo á la presencia del santo abad. Este hizo venir á los padres de Lúgido y les dijo: «¿Me permitís que lleve conmigo este niño? Yo le alimentaré, le enseñaré á leer y le daré medios para ser sabio.» Aceptaron ellos con reconocimiento la propuesta, y el niño siguió á San Congalo hasta el monasterio, en el que le presentaron un alfabeto. Observó un día el santo abad que mientras el niño deletreaba estaba señalado junto

á él un ángel, el cual le ayudaba á deletrear con perfección y le animaba con sus caricias á dominar el hastío que el alfabeto le causaba.

Encargado cierto día de conducir desde la granja al monasterio el caballo que traía la provision diaria de leche, le sucedió que se le encabritó el animal en el camino y derramó en el suelo toda la leche que llevaba. Detúvose todo consternado Lúgido sin saber qué hacerse, cuando se le apareció un ángel y le dijo: «Llena de agua esas vasijas en la fuente vecina;» así lo hizo nuestro jóven, y á medida que iba en ellas entrando el agua, se iba ésta convirtiendo en una leche de sabor tan exquisito, que los monjes quedaron maravillados.

Examinaba cierto día una montaña árida que dominaba el monasterio: «Si así lo deseas—le dijo el ángel—esta montaña se convertirá en un terreno fértil cubierto de mieses y todo ello será tuyo.»—«No, ángel mío—respondió el Santo—no sea así, que si no mis monjes podrían perder la humildad.» «Hermanos míos—deciales con frecuencia—trabajad bien con vuestras manos, y nada os faltará y llegareis á ser verdaderos religiosos.»

Cuando Lúgido comprendió que el fin de su carrera se acercaba, fué á visitar á San Cronan, y al despedirse de este Santo le pidió una hostia consagrada para que le sirviera de viático en el camino. Despues de algunas marchas, tuvo que hacer alto obligado por la fatiga, y dijo al monje que le acompañaba: «Hermano, si vierais vos de un lado los habitantes del cielo, y del otro los habitantes de la tierra, ¿en qué lado os colocariais?»—«Sin duda—respondió el compañero—en el lado de los del cielo.» «Pues dadme entonces la Eucaristia—añadió Lúgido—para que vaya con ellos.» Comulgó en efecto el Santo, y poco despues dió el último suspiro. Era día de sábado, á los 4 de Agosto del año 602.

Lúgido, constituido guarda de sus monjes imitó la dulzura y la caridad del ángel, que lo era suyo. Los ángeles son imitadores perfectos de Jesús: quien quiera que imite bien á su ángel se maravillará de verse convertido el último día en copia viva de Jesucristo.

L. José M. de Cros, S. J.

## SUETOS Y VARIEDADES

### MORAL MASÓNICA

Tenemos de ella un hermoso ejemplar en la siguiente sentencia dictada por Mazzini, con arreglo á la ley de su capricho, allá por los tiempos en que la Masonería cometía la serie de iniquidades base de la unidad italiana.

Dice así:

«Considerando que el homicidio político no es un delito, y mucho menos cuando es para deshacerse de un enemigo que dispone

de medios poderosos y que puede en algún modo imposibilitar la emancipación de un pueblo grande y generoso:

»Considerando que Fernando de Nápoles es el mayor enemigo de la independencia italiana y de la libertad de su pueblo;

»Aprobamos la resolución siguiente, para que sea publicada por todos los medios posibles en el reino de Nápoles,

»Se ofrece una recompensa de cien mil ducados á aquel ó aquellos que libren á Italia del sobredicho tirano. Y no disponiendo la caja del Comité para ese objeto más que de sesenta y cinco mil ducados, los otros treinta y cinco mil serán reunidos por suscripción.»

He aquí la moral masónica que hace muchos años viene dando los frutos que todos conocemos: la que acaba de enviar á la sepultura á la emperatriz de Austria despues de haber enviado á otros muchos personajes que quizás serian de los que creían que la masonería era un fantasma; la que ha arrebatado á España hasta la sangre de sus venas y la que de revolución en revolución la lleva al abismo con un tison verdaderamente satánico.

Y nosotros sin abrir los ojos

## BIBLIOGRAFIA

LA CRISTIADA.—Hemos tenido el gusto de recibir el cuaderno 30 de esta obra monumental para cuya terminación solo faltan dos cuadernos. Los Srs. L. Gonzales y Compañía de Barcelona editores del libro anuncian á sus suscriptores que que dentro de breves días estarán terminadas las magníficas tapas que han de cubrirle.

EL BUEN COMBATE.—Esta biblioteca de propaganda que publica la librería católica de Barcelona.—(Pino 5) ha dado á luz el opúsculo n.º 34 titulado EL DOMINGO debido á la pluma del Abate Mullois y consagrado á la defensa del tercer mandamiento de la Iglesia.

## LA LECTURA POPULAR

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares (a cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, obreros, rarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos enales y otros centros.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una accion. . . . .	4 pesetas mensuales.
Media id. . . . .	2 " "
Un cuarto id. . . . .	1 " "
Un octavo id. . . . .	0'50 " "

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede tambien tambien la suscripción en Madrid en la administración de La Semana Católica, Boletín 10, y en las demás administraciones católicas.